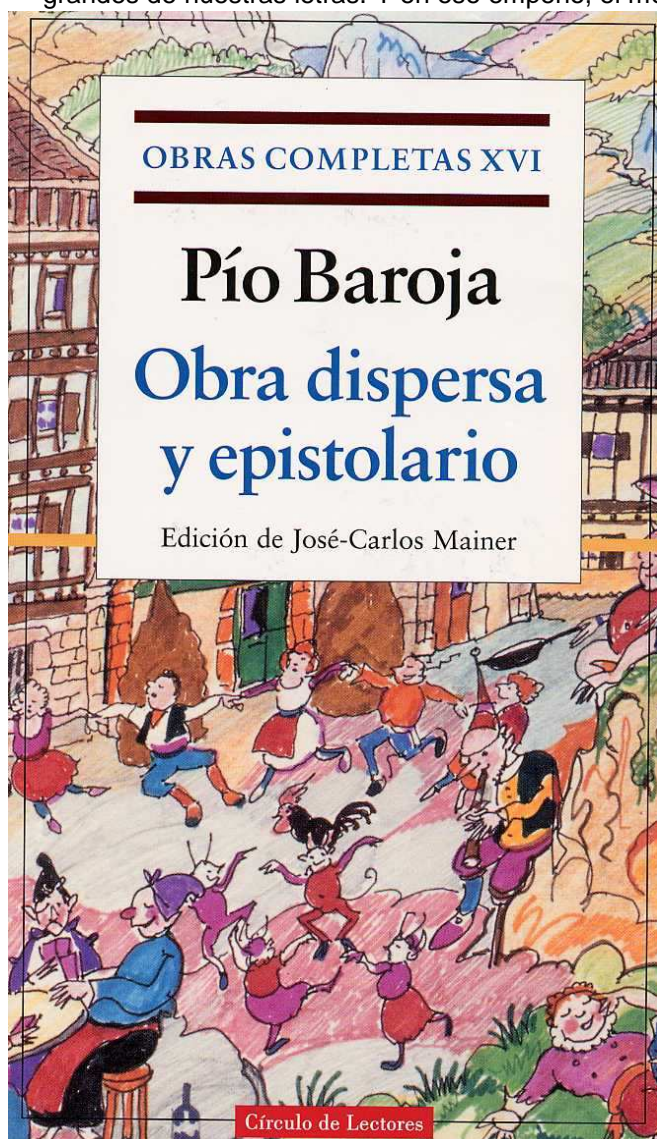


BAROJA, TAL CUAL

Pío BAROJA: *Obra dispersa y epistolario (Obras completas, tomo XVI)*. Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, 1696 pp. Edición de José-Carlos Mainer. Revisión textual de Juan Carlos Ara.

Por Antonio VILLANUEVA

Círculo de Lectores culmina, con este volumen, la publicación de las obras completas de don Pío, proyecto en 16 tomos, comenzado en 1995, en *Itzea*, la mítica casona de los Baroja en Vera del Bidasoa (Navarra), con la firma del contrato de edición. Desde aquella fecha, los aragoneses José-Carlos Mainer, editor literario, y Juan Carlos Ara, revisor de los textos, han trabajado porque el público *re-conozca* la producción literaria de uno de los grandes de nuestras letras. Y en ese empeño, el mejor canal de difusión es sin duda el Círculo,



la distribuidora más potente de la hispanidad. Así que Baroja vuelve a los estantes de infinidad de hogares donde, por un extraño milagro de la cultura, quedan aún gentes que gustan del libro y que, por un designio más extraño si cabe, prefieren la lectura al ocio de videojuegos, pokemones y teleseries.

Un gran autor aragonés, Ramón J. Sender, aseguró la permanencia de Valle-Inclán y Baroja de entre el elenco plumífero de la archifamosa generación del 98. Y a juzgar por lo visto, parece que va teniendo razón. Utilizando términos bursátiles, podríamos decir que Valle es un valor estabilizado, Baroja se cotiza al alza y el tronitonte Unamuno, al que ni el de Chalamera ni el de San Sebastián soportaban, pierde enteros.

El tomo XVI de estas obras completas reúne unas 1.700 páginas misceláneas que muestran al escritor tal cual es. Al hombre antes que al literato, si es que en Baroja es posible separar una de otra condición. 1.700 páginas con sus luces y sombras, con las grandezas y miserias de una personalidad que se enseña sin disimulos ni artificio. Hay en el tomo textos polémicos ("Comunistas, judíos y demás ralea", por ejemplo, con un título tan escandaloso como su contenido), páginas de autocrítica (y Baroja empieza por ser agrio consigo mismo para legitimar, así, su malhumor con los demás), prólogos a textos

ajenos, una legión de artículos periodísticos (a veces sutiles, a veces de circunstancia) y un epistolario selecto (del que personalmente, esperaba más trascendencia). Todo ello precedido por el inteligente prólogo del profesor Ara Torralba que, en los últimos tiempos, ha vivido embutido en las zapatillas, con las zapatillas y sobre las zapatillas del conspirador Avinareta.

Era don Pío carácter individualista y único. Todas sus páginas tienen un sello personal. En él todo fluye con naturalidad. Con esa trabajosa naturalidad que tanto lucha por conseguir, como reconoce en una de sus cartas. Antes de la poesía conversacional de Gil de Biedma y los piratas del 36, había encontrado Baroja la prosa coloquial, sin "ritoricina", como él gustaba de decir. Como hombre seguro de sí, a Baroja no le va el disimulo. Por ocultar, no oculta ni sus defectos ni sus prejuicios. Dice con sencillez que nunca ha sido un parnasiano. Y en cuanto a su moral y su política, es la suya, y punto. A él se le da una higa que sus ideas resulten o no al uso. Desde luego, no es de los que se esconden tras la erudición, para que otros digan lo que uno no se atreve, no quiere o no sabe valorar. "Ni izquierdas ni derechas. Personalismo", exclama. Y el profesor Ara apostilla: craso error ponerle en las filas de la derecha. Simplemente, no cabe. Se sale del lecho de Procasto en que a los académicos nos gusta poner todas las cosas.

Por más que resulte tópico decirlo, Baroja es, en este tomo, impulsivo, individualista rabioso, egotista hasta la médula. Su ironía resulta cuando graciosa, cuando áspera y cruel. Desde su aislamiento antisocial, ojea la sociedad con la mirada escéptica de un viejo solterón, algo misógino y huraño. Baroja es irreductible. Nunca cede al lugar común. Nada hace por agradar. Se muestra tal cual es y dice cuanto piensa (a veces, más le valdría callar), parezca como parezca y caiga como caiga a quien encaja sus juicios. Así se explica su agrio polemismo, incómodo para tirios y troyanos, nunca domeñado por ningún interés. Merece la pena perderse entre las páginas de este escritor, que nunca renunció a la libertad de su mirada.